

CAPÍTULO SEXTO

HERDER: UN REACCIONARIO ILUSTRADO Y OPTIMISTA

El último análisis de las *Consideraciones* y las *Veladas*, son un esbozo de filosofía de la historia, de una historia regida por la Providencia. De Mais-tre es deudor de la reacción a la Ilustración del prusiano Johann Gottfried Herder (1744-1803), al que no cita en ninguna de sus dos obras mayores, pero cuyas ideas al respecto, contenidas en su largo trabajo *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, son trasfondo ideológico del reaccionarismo, del saboyano desvelado.

Herder estudió medicina en la kantiana Universidad de Königsberg, donde conoció al filósofo quien le introdujo en la lectura de Rousseau y Hume. En 1765 fue ordenado pastor luterano. Publicó ensayos sobre el lenguaje, inspirados en el ginebrino óptimo máximo, y se propuso promover la poesía popular alemana. En Estrasburgo visitó al joven Goethe y escribió un *Diario de viaje*, lamentando su falta de conocimiento de la lengua francesa, *lingua franca* de los sabios europeos. Se mostró interesado en la pedagogía, proponiendo un nuevo tipo de escuela y educación, basados en el método inductivo que tantos éxitos científicos le otorgara a Newton, Linneo y Vesalio. Herder reaccionó contra la Ilustración negando que fuera “la culminación suprema del desarrollo histórico y la burguesía la única fuente de las luces racionales”,¹²⁹ pues afirmó que fue con Roma que alcanzó edad adulta la especie humana, siendo la Ilustración su senilidad.

Herder no vacila en llamar la atención sobre la vacuidad de algunas pretensiones del siglo XVIII. Por ejemplo, aunque es verdad que los ilustrados han formado y expresado ideas y principios sublimes, no es menos cierto que han debilitado la inclinación y los impulsos que posibilitan una vida noble y

¹²⁹ Véase Copleston, Frederick, *Historia de la filosofía*, Barcelona, trad. de Manuel Sacristán, 1974, t. VI: *De Kant a Wolf*, pp. 137-143.

generosa. La Europa ilustrada se enorgullece de su libertad pero se silencia la invisible esclavitud de las clases sociales.

El juicio de Copleston es discutible. Un ataque más consistente lo dirigió Herder a la historiografía dieciochesca, fundamentalmente por la tesis de ser la historia un movimiento ininterrumpidamente ascendente desde el misticismo religioso y la superstición hacia una moralidad laica y hasta irreligiosa.

“No podemos decir —sostuvo— de un modo general que la juventud sea más feliz que la infancia ni que la edad proveya sea más desgraciada que la juventud del mismo modo que no son legítimas las generalizaciones análogas acerca del desarrollo de las naciones”. El acierto de Herder fue oponerse a una historiografía concebida como argumento, es decir, adaptando los hechos a tesis preexistentes, con la finalidad de demostrarlas. En 1776 recibió el nombramiento de superintendente general del clero luterano y entre 1784 y 1791 apareció su obra capital, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, y entre 1793 y 1797 las *Cartas para la elevación de la humanidad*.

Un escándalo mayor, como protagonista, fue la frontal oposición a Kant, su viejo maestro, cuando en 1799 publicó una *Metacrítica de la Crítica de la razón pura*, en la que presenta la obra de aquél como un mero juego de palabras, una monstruosidad lingüística y una desorientada eternización de la sicología de las facultades... Contra la teoría kantiana del carácter sintético de las proposiciones matemáticas, Herder postula su identidad, lo que Wittgenstein denominaría “tautologías”.¹³⁰ Más honda es su afirmación antkantiana de que el geómetra no analiza la forma *a priori* del espacio por la razón de que no hay tal *a priori*. Según Herder —sostiene Copleston— el pensamiento es lenguaje interior, mientras que hablar en sentido corriente es pensar sonoramente. No existe la entidad *razón*, sino el proceso, la actividad del hombre como personalidad total y el lenguaje es un instrumento indispensable de este proceso y se funde con él. Además, arremetió contra la *Crítica del juicio* kantiana. Se confirma con esto aquello de Newton, furioso contra Leibniz y otros competidores, de que “a los filósofos les da por el litigio”. Y, para sorpresa de la posteridad, se dedicó a traducir del francés, el *Roman-*

¹³⁰ *Ibidem*, p. 142.

cerro del Cid. Fue llamado el maestro del *Sturm und Drang*, y Schlegel y Hegel contrajeron deudas intelectuales con él.

Los pasajes de sus *Ideas para una filosofía de la historia*..., que reforzarían a De Maistre en sus conceptos político-filosóficos, quedan contenidos, básicamente, en el libro decimoquinto:

La naturaleza del hombre sigue siendo la misma. En el año diez mil nace con las mismas pasiones con que nació en el año dos, y termina el curso de su necedad hasta llegar a una sabiduría tardía, imperfecta e inútil. Estamos errando por los corredores de un laberinto donde es muy corto el trayecto del camino que abarca nuestra existencia, de suerte que casi puede sernos indiferente que el camino elegido vaya a desembocar en la salida o en el caos. Triste suerte la del género humano que, a despecho de todos sus esfuerzos, está condenado a la rueda de Ixionte, atado a la peña de Sísifo y sentenciado a la angustia de Tántalo... Es así como edificamos sobre arena y escribimos en el aire; el aire se desplaza con un soplo, la arena se desmorona y, al punto, ha desaparecido nuestro palacio y nuestros pensamientos... Más aún, como la mayor parte de los males que afligen a los hombres provienen de ellos mismos, de sus defectuosas constituciones y sus malos gobiernos, de la soberbia de los opresores y de una debilidad de los dominadores y dominados casi inevitable, ¿qué destino es este que unió al hombre al yugo de su propia especie y lo vendió al arbitrio inconstante y alocado de sus hermanos? Si sumamos los periodos de bienestar y desgracia de los pueblos, sus buenos y malos gobernantes y aun entre los mejores su caudal de sabiduría y necesidad, su razón y sus pasiones, ¡que inmensamente negativo será el resultado!... Se vislumbra a cada paso el axioma: “*lo que es, es, lo que puede ser, será; lo que es efímero, sucumbe*”. Pero esta triste conclusión no hace más que predicarnos otra máxima que dice que en nuestro mundo sólo triunfa la viva fuerza y su hermana la malévola astucia... Sin embargo, si hay un Dios en la Naturaleza, también lo hay en la Historia, porque también el hombre es parte de la creación y debe ajustarse aun en medio de sus más salvajes perversiones y pasiones a leyes que no son menos hermosas y excelentes que las que rigen todos los cuerpos celestes y terrestres.¹³¹

Ahora bien: como estoy conminado que es posible y lícito para el hombre saber lo que debe saber, las escenas turbulentas que pasan ante nuestra vista no me impiden acercarme con confianza y libertad de espíritu a las magníficas y elevadas leyes naturales que gobiernan también en medio de tan aparente

¹³¹ Que serían la gran hazaña newtoniana al unificarlas en su *Philosophiae y Naturalis Principia Mathematica*.

tumulto... A través de todos los estados y formas sociales, *no ha podido el hombre perseguir otro fin ni edificar otra cosa que el humanismo*... Los diversos tipos de legislación y gobierno tuvieron todos por finalidad que cada cual ejercitara sus facultades sin ser molestado por los demás y arribar al goce de una mayor libertad y belleza de la vida. Para esto se garantizó la propiedad privada y se facilitó el trabajo, las artes, el comercio y tráfico entre los hombres; se estipulan castigos para los delinquentes y premios para los beneméritos... No fue otro el fin de las guerras que se hicieron, de los tratados que se concertaron y de la paulatina creación de un derecho de gentes y de guerra junto con diversas conservantes a la hospitalidad y el tráfico comercial para que el hombre gozara también fuera de las fronteras de su patria de consideración y respeto. Todo cuanto se hizo bueno en la historia se hizo a favor de la humanidad, *y cuanto hubo en ella de necio, vicioso y repugnante fue un crimen de lesa humanidad*... De esta manera encontramos a los hombres en todas partes en posesión y uso del derecho de formarse de acuerdo con un ideal de humanidad que habían concebido... Dios no limitó su libertad en nada que no fuera el tiempo, el lugar y las energías intrínsecas. Tampoco obró ningún milagro para corregir los errores, antes bien dejó que surtieran sus inevitables efectos para que los hombres aprendieran a enmendarlos... *No es verdad en manera alguna que la prolongada obediencia prestada al despotismo se fundase en la prepotencia del despotismo; por el contrario, el único fundamento en que éste se apoyaba era la debilidad confiada y tolerante de los subyugados, como lo era, más tarde, su inercia paciente*...

El transcurso de la historia demuestra que con el crecimiento de una actitud verdaderamente humana disminuyó el número de los demonios destructores del género humano, de acuerdo con las leyes naturales inherentes a un intelecto y una política de mayores luces” (Esta última constituye —según Herder— una expresión de la “ley general”, según la cual “todas las fuerzas destructivas en la Naturaleza no sólo son superadas por las fuerzas constructivas en el transcurso del tiempo, sino que, en último término, tienen que contribuir ellas mismas a la evolución del conjunto”).

Es así como la historia del género humano demuestra *que la creciente ilustración en los pueblos disminuyó felizmente su destrucción misantrópica y sin sentido*... Nuestra alma se inunda de íntima satisfacción al ver que el bálsamo encerrado en las leyes naturales de la humanidad no sólo se hace sentir sino que en, virtud de su naturaleza, se difunde y va ganando terreno entre los hombres, aun en contra de su voluntad... Aunque es el destino del género humano escalar sucesivamente diversos grados de cultura bajo variadas transformaciones, sin embargo, la estabilidad de su bienestar se funda esencial y exclusivamente en la razón y la justicia... y este estado no es tal por *el capricho de un dictador o por el poder persuasivo de un dictador*, sino en

virtud de las leyes naturales en que se basa la esencia del género humano... En virtud de su naturaleza intrínseca toda actividad realizada hasta hora por el espíritu del hombre no tuvo otro fin que hallar los medios para constituir y difundir mejor los valores humanos y la cultura de nuestra especie.

Los párrafos precedentes separan a Herder de las avinagradas tesis de De Maistre, pero ocurre algo mejor en el epígrafe V del libro decimoquinto en donde emerge la *Providencia*:¹³²

Si un observador sentimental de la historia perdió la fe en Dios y comenzó a dudar de la Providencia, tal desgracia le sobrevino únicamente porque consideró la historia superficialmente o porque no tenía un concepto adecuado de la Providencia. Si toma a ésta por un espectro que tiene para salirle al paso en cada esquina para interrumpir constantemente el curso de las acciones humanas tratando de obtener tal o cual fin arbitrario y particular, entonces concedo que la historia será la muerte de semejante Providencia, pero una muerte en aras de la verdad. ¿Pues qué Providencia sería ésta a la que cualquiera pudiera usar como duende policiaco, como aliado de sus pretensiones de corto alcance o protector de su propia estrechez de miras hasta que todo se hundiera en la anarquía? El Dios que yo he de buscar en la Historia debe ser el mismo que se encuentra en la Naturaleza, porque el hombre no es más que una parte del todo y su historia está íntimamente entretejida con la historia del mundo entero como el gusano de seda con el capullo.

Es notable la coincidencia pero lo es asimismo la diferencia del enfoque. El deslinde providencialista de Herder del *duende policiaco*, muy del gusto de De Maistre, distinguen al filósofo-teólogo, que bebió en la fuente kantiana original, del magistrado-jurista, involucrado personalmente en los combates ideológico-políticos de su tiempo.

La suerte que corrió la razón en el conjunto de la especie no fue otra que la que tuvo en los miembros individuales, porque el conjunto es de individuos. Las pasiones desencadenadas de los hombres, que en compañía de otros se hacían más apasionados todavía, la perturbaron muchas veces y la desviaron a veces por siglos de su verdadero camino, quedando oculta como rescoldo bajo la ceniza. Para remedio de todos estos desórdenes no tomó la Providen-

¹³² Herder, Johann Gottfried, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, trad. de J. Rovira Armengol, Buenos Aires, 1959, pp. 515 y ss. (título original: *Ideen zur Philosophie de Geschichte del Menschheit*).

cia otras medidas que las que concede a los individuos, a saber, el flagelo que sigue a todo error y el castigo que lleva en sí mismo toda pereza, necedad, maldad, imprudencia e injusticia. Sólo que, constando la especie de montones de individuos, también los hijos tienen que expiar las culpas de sus padres, los pueblos la estulticia de sus conductores y los descendientes la inercia de sus antepasados... *En todo individuo coincide, por consiguiente, el bien común con el bienestar personal, porque, quien sufre los males que afligen a la comunidad, tiene también el derecho y la obligación de librarse de ellos y disminuirlos para el bien de sus hermanos.* La Naturaleza no incluyó en sus cálculos *a los gobernantes y los Estados*, sino que los hizo con miras al bienestar de los hombres en la tierra. Aquellos tardan más en expiar sus crímenes y su imprudencia que el hombre común e individual *porque especulan con toda la comunidad*, donde la miseria individual se oculta y disimula por largo tiempo; más al fin pagan ellos y el Estado por su culpa con una caída tanto más atroz... *Todo lo puede acaecer, acaece y produce lo que por su naturaleza puede producir. Esta ley natural no impide el efecto de ninguna facultad, por más perversa que fuera; pero, en cambio, limitó todas las cosas por la norma de que los efectos antagónicos se anulen hasta que no reste más que lo provechoso que hay en todos ellos.*

La fórmula herderiana comporta un mayor rigor y más afinada perspicacia que las literarias consideraciones desveladas de Joseph de Maistre (quien sin duda se miraba a sí mismo y su obra como efecto, magnífico y sublime, de la “Providencia del Altísimo”, sin acertar, a lo largo de aquella, a superar el dilema entre la omnipotencia y presencia divinas y la libertad humana y sus impredecibles caminos).

Herder llega a conclusiones que, partiendo del providencialismo análogo al maistriano, son, sin embargo, distintas, formuladas no desde la antropología pesimista del italiano sino fincadas en la tesis ilustrada del progreso interminable de la aventura humana, con el tono del optimismo racionalista:

Entre tanto, mirando las cosas en su conjunto, la razón humana sigue progresando; va ideando lo que todavía no puede poner por obra e inventa, aunque manos malévolas abusen por largo tiempo de sus inventos. El abuso lleva su propio castigo en sí mismo y *el desorden se transforma con el tiempo en orden*, gracias al fervor incansable de una razón en continua evolución. Ésta, al combatir las pasiones, se va fortificando y acrisolando a sí misma; oprimida aquí, se refugia allá, ensanchando su dominio sobre la tierra. No es ilusoria la esperanza de que, dondequiera que habiten hombres, habrá en lo futuro

hombres razonables, justos y felices, cuya felicidad no se deberá entonces a su razón individual, sino a la común de todos los hombres de su especie.

Schiller y Beethoven esplenden entre estos últimos renglones de Herder; De Maistre, en cambio, nunca fue capaz de tamaño optimismo y el indudable consuelo de la esperanza.

En 1769 (comenta agudamente R. Safranski),¹³³ Herder abordó en 1769 un navío mercante sin saber, a ciencia cierta, cuál sería el rumbo que, a partir de ahí, podría tomar su vida, vivida hasta entonces entre libros y teologías.

Se embarcó para “ver mundo” y así, encontrarse con él mismo en la soledad de alta mar con la mirada puesta en horizontes infinitos, meditando bajo miríadas de estrellas sobre la caducidad de todas las cosas. En Estrasburgo, como sabemos, encontró a Goethe a quien Herder le pareció un abate plácido y rizado, que subía parsimoniosamente las escalinatas de su morada envuelto en un abrigo de seda un tanto ajado, mientras se dedicaba a sermonearle y llenarle de consejos y advertencias de toda índole, apenas llegó entrando a la casa.

También sabemos que Herder acabó rompiendo con Kant y su “palabrería vacía” sobre todo porque era un grave obstáculo de la razón abstracta, que impedía captar de lleno la vida. Desde su punto de vista, la razón viva es concreta y se sumerge en el elemento de la existencia de lo inconsciente, de lo irracional, de lo espontáneo, o sea, en la vida oscura, creadora, propulsada y propulsora...

La filosofía de la vida de Herder estimuló el culto al genio en el movimiento *Sturm und Drang* y más tarde en el Romanticismo. En ellos se considera genio a aquel en quien la vida brota con libertad y se desarrolla con fuerza creadora. Comenzó entonces un culto ruidoso por los llamados “genios de ímpetu”.¹³⁴ Para Herder todo es historia, incluyendo a la naturaleza.

Pensar la Historia como un proceso de una evolución que produce la multiplicidad de formas naturales es una novedad, pues con ello la creación divina del mundo se introduce en el desarrollo de la naturaleza. La naturaleza misma pasa a ser aquella potencia creadora que antes se desplazaba a un ámbito

¹³³ Safranski, Rüdiger, *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, trad. de Gabás Pallás, México, 2009, pp. 19-29 (título original: *Romantik Eine deutsche Affaire*).

¹³⁴ *Ibidem*, p. 23.

extramundano. La evolución recorre diversos niveles, el mineral, el vegetativo y el animal. Y todos los niveles son estadios previos del hombre. Éste se distingue por el hecho de que puede tomar en sus manos la potencia creadora que actúa en la naturaleza. Puede hacerlo gracias a la inteligencia y al lenguaje y tiene que hacerlo porque es pobre en instinto y está desprotegido. Por tanto, la potencia creadora de cultura es expresión tanto de una fuerza como de una debilidad.¹³⁵

He ahí su fundamental contradicción con Rousseau y el *dictum* de éste de un progreso aparente, engañoso y estéril, una ilusión que aleja al hombre de la comunión con la naturaleza, pervierte sus sentimientos y embota su razón. Pero también del individualismo, aunque el de Herder vale en la medida su inserción comunitaria y popular, tanto que es “el espíritu del pueblo”, el humus cultural nutricio de cada uno de los individuos que lo componen.

Herder, un reaccionario ilustrado, llegó a ser calificado por Goethe¹³⁶ como un “jacobino de pura cepa” pues su receptibilidad de todo lo popular le llevó a simpatizar con el hecho revolucionario francés pero no con las ideologías que lo impulsaron y con las medidas que lo transportaron históricamente.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 24.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 29.